

AVISOS DE MAL TIEMPO
SEUDÓNIMO: GALILEO

I

Tarjeta denegada en el supermercado,
la pantalla se tiñe de rojo, sobrepasa
la suma de pronto ese límite permitido,
la gente se impacienta como un día de invierno.

Arrinconó en la esquina los panes de centeno,
un frasco de lentejas, dos latas de refresco,
y observo avergonzadas personas conocidas,
que asisten a ese drama con un gesto de morbo.

La fila se ha atascado como una fregadera,
menguada ya la compra, la tarjeta permite
llevar los bocadillos como un botín de guerra,
mientras queda el orgullo varado en un rincón.

II

Quedan tantas metáforas en cada dormitorio;
por ejemplo, es otoño, despiertan las cortinas
y estiran sus tentáculos como un gran calamar
que incordia a las figuras que surgen de las sábanas.

Gruñe el despertador como un viejo mastín
y la alfombra discute con los zapatos rotos.
Tulipa de la lámpara, en su cono volcánico
se espera la erupción final de la bombilla.

Y se estiran los cuerpos, de nuevo, con torpeza,
derramará la ducha una ración de escarcha

y el armario desvela, como si fuera un nuevo
oráculo, ese séquito de camisas rencorosas.

III

Otro tiempo nos queda, que permite otear
desde la lejanía la epidemia de amigos
que tan solo eran máscaras o figuras de paja,
vampiros del dinero que nunca fue devuelto.

Paisaje en la memoria, huracanes de arena
solitaria rodean los barracones mustios
que cobijan recuerdos, los hangares con fango,
el vuelo de las hélices que ahora son cenizas.

De pasado tan próspero solo quedan indicios,
la ambición de la gente que no tenía escrúpulos
les llevó a unos trabajos muy bien remunerados,
presumen de su esfuerzo sentados en la cima.

IV

En el armario duermen las perchas, las termitas
y duermen centenares de horas oscuras, frágiles
que explora la polilla, se quejan los cajones
de aquel tiempo olvidado que huele a naftalina.

Se enfada la madera que cruje rencorosa,
la camisa enemistada con su dueño y se enfada
el olvido, devuelve a las prendas un mundo
abandonado, herido por las horas prohibidas.

En el armario yermo cabe la ropa enferma,
y la hilera de hormigas y el carmín de un pañuelo,

cabe la vanidad de una camisa rota,
la ropa amordazada por la muerte del dueño.

V

La cacerola aprende la orfandad del fideo
y la ilusión helada cuando saltan los plomos.
Me recuerda el hornillo al infierno de Dante,
las llamas, sus colmillos abrazan el acero.

El número al que llama está apagado o fuera
de cobertura, el eco de una avispa que insiste
en el auricular con un tono lacónico,
todas las pesadillas aprenden nuestro nombre.

¿Sentiste alguna vez la lluvia de recibos
que desborda el buzón como una pesadilla?
Se apaga el frigorífico, hay reliquias de hielo
que resbalan tan breves desde el congelador.

VI

Ese paso a nivel hoy parece un paréntesis
en la senda de grava que atraviesa la lluvia,
el diluvio que cae en las barreras mustias,
que sufren el hastío de un nuevo vendaval.

Ramos de flores secas junto a las viejas cruces
y colinas de paja que zarandea el cierzo,
junto a las negras vías ya se intuye de pronto
la edad de los descuidos que acaban en tragedia.

Los trenes recomponen de repente un paisaje,
ajenos a los dramas que sacuden familias.

Y seguirán pasando cada día vagones
que dejan su elegía en los campos de trigo.

VII

El centro cultural, antaño matadero,
conserva en su fachada tres cabezas de piedra
de ganado vacuno, los muros de ladrillo,
la ventanas de vidrio de la nave central.

Mugén alrededor del edificio las viejas chimeneas.
Acoge hoy los conciertos y las exposiciones,
en la sencilla sala donde pendían ganchos
e iniciaba el cuchillo la labor de despiece.

Donde antaño acudían decenas de camiones
y descendían reses por un pasillo estrecho,
hoy luce el escenario y cruje la tarima,
bajo los bailarines que ensayan sus piruetas

VIII

Aire fresco se esconde en la ropa tendida,
inflama las camisas y explora cada túnel,
propone un maniquí fugaz e imaginario,
como una marioneta en ese pentagrama.
Y la gente contempla el teatro guiñol
de las ropas humildes con sus pasos de baile,
que adquieren un volumen desde la altura inhóspita
e improvisan los giros, su coreografía.
Su ambición de cometas que penden de una pinza
acaba en la mirada de un rostro somnoliento
que rebobina así la cuerda, como ese pescador
que recoge el carrete y captura su pieza.